

fónica especializada la peligrosa afirmación de que «el crítico de "jazz" no debe saber música, pues en tal caso sólo atendería a la calidad técnica de la interpretación y no al potencial expresivo». A mí, personalmente, me preocupa menos la formación «jazzística» del público que la deformación que esos sedicentes críticos ejercen a diario. Así es como se acumulan los clichés, las frases hechas, las citas de enésima mano y las diatribas insensatas.

El dogmatismo imperante entre la mayoría de los aficionados al «jazz» es sólo comparable a un coloquio de cineclub. La literatura sobre la música negro-norteamericana ha dado muy pocas obras maestras y ninguna de ellas escrita por un español. Julio Coll publica ahora un libro (1), cuyo afán divulgatorio podrá afianzar la vocación de los adeptos recientes y, por carambola, lograr otros nuevos. Al no pretender más que dar una serie de orientaciones, Coll cumple de sobra su tarea, pues el lector quedará suficientemente informado de las más importantes figuras y tendencias de la historia del «jazz». Ha recopilado datos y entrevistas de diverso origen con músicos famosos, alternándolas con sus propias opiniones sobre el tema, consiguiendo que el libro resulte ameno y muy asequible para el profano.

Sin embargo, Coll refleja un aspecto muy común de los habituales aficionados y poco recomendable por su falta de rigor: el de considerar el «jazz» como una metafísica. Es fácil caer en el misticismo, en la filosofía del «hipster», en la mitomanía «underground», en la cuestión de la raza, de las drogas y el alcohol. Cada día se me hace más evidente el mecanicismo de tales ejercicios mentales. El «jazz» no está en la vida de Charlie Parker, sino en la música que él creó. Esa música tal vez puede ser asimilada a un acto de protesta, pero reducir la historia del «jazz» a la historia de la segregación racial me parece gratuito. Hay

quien asegura que cuando no haya más discriminación, y el «jazz» perderá todo sentido y ya nadie cantará «blues». Cuando llegue ese día (si por fortuna llega alguna vez), yo les pondré a esos profetas el último disco que haya grabado Miles Davis. Se verá cómo la música negro-norteamericana no sólo se justifica por su condición de «canto de proscripción», sino, sobre todo, por sus cualidades de ritmo, timbre, improvisación y organización tonal.

A la crítica de «jazz» le faltan críticos de música. Y le sobran muchos panegiristas de oficina y sociólogos por libre. Así, no es extraño leer que «los negros ignoran que la libertad sigue siendo un drama para los blancos» o que «sienten menos el dolor físico que los blancos» (según J. C. Calderón), y se llamará pastiche al «rhythm and blues», y se dirá que el «pop» no es más que una mala copia comercial del sub-«jazz». ¿Y qué será eso de la «Asociación de músicos negros ricos»?

Son inexactitudes que pueden desvirtuar el correcto entendimiento del «jazz», en mayor medida, ante la bajísima aceptación de que goza en España.

«Variaciones sobre el "jazz"» es, desde luego, un paso adelante. Pero ahora, rápidamente, necesitamos muchos libros más, más ajustados, más realistas, más comprometedores.

■ JOSE LUIS RUBIO.

(1) Julio Coll: "Variaciones sobre el "jazz"". Ediciones Guadarrama, Madrid, 1971.

TEATRO

Neruda, el Nobel y nosotros

La historia es muy sencilla y nada extraordinaria. Sucedió

que a Manuel Collado se le ocurrió producir la versión de Neruda de «Romeo y Julieta»; sucedió que, durante dos meses, José María Morera dirigió a un grupo de actores, en su mayor parte jóvenes, ni novatos ni consagrados; sucedió que la crítica, o al menos una parte de ella, arremetió contra la versión de Neruda y contra el lenguaje del escritor; sucedió que la noche del estreno Neruda no se encontraba en Madrid; sucedió que la obra estuvo muy pocos días en cartel, con grave quebranto de cuantos habían participado en la producción y en el trabajo; sucedió, y este es el final de la historia, que a las pocas horas como quien dice de enterrar la representación, y sustituir la por la consabida comedia para reírse, a Pablo Neruda le dieron el Premio Nobel de Literatura. Aún podría haber un epílogo: los elogios

pasando aquí. Si los muchachos de hoy fueran como los muchachos de antes, cuando, según cuentan, aceptaban el magisterio de los mayores, andarían en la mayor perplejidad. ¿Cómo es posible que a un escritor, de quien casi se dice que no sabe escribir, se le dé pocos días después el Premio Nobel? ¿Cómo puede ser casi un indeseable el lunes para ser un hombre públicamente festejado el martes?

Esto nos recuerda el caso de Samuel Beckett, literalmente calificado de «camelo» por algún crítico madrileño y luego Premio Nobel de Literatura. Sin que, ya se entiende, este galardón haya sido bastante para sacarle de la calificación de autor extraño y minoritario. ¿No acaba de decir uno de nuestros más populares dramaturgos que Bertolt Brecht era un tostón? ¿Pues allá se las arreglen los ex-



María José Goyanes y Eusebio Poncela.

que inmediatamente aparecieron en la prensa española dedicados a uno de los dos Pablos —el otro, naturalmente, era Picasso— que acaparaban el interés internacional.

Algo muy serio debe estar

tranjeros con Neruda, Beckett o Bertolt Brecht, que carecen de la gracia, la sabiduría y el gusto por la buena vida que nos caracteriza! ¿No ha dicho también algún crítico que somos algo así como la

capital mundial del teatro si nos atenemos a la relación existente entre el número de salas y el número de vecinos que hay en Madrid?

Uno no cree demasiado en la vieja idea de los premios. ¿Pero no resulta desconcertante que hasta un premio tan solemne y respetado como el Nobel contradiga muchas de las estimaciones establecidas entre nosotros. ■ JOSE MONLEON.

CINE

"Le souffle au coeur", para menores de 18 años

"Yo veo el cine como la inserción del irrealismo en un decorado realista. Para "Piel de asno" quise una granja de verdad, con cerdos de verdad, mugrientos y que chapoteasen en el barro. Hay días en que ya no puedo resistir la presión de un mundo cotidiano que me disgusta cada vez más. Entonces me evado. Pero todo sigue una cierta lógica, y si utilizo de nuevo mi viejo sistema de hacer cantar a la gente, es porque ello me parece más apropiado para comunicar ciertos sentimientos, ciertas ideas, que si utilizase un método realista".

(Jacques Demy a "Les lettres françaises", 23-XII-1970.)

Hay cineastas cuya trayectoria resulta, si no fatal, cuando menos previsible. Que a sus cuarenta años Jacques Demy se haya dedicado a transponer en imágenes un "cuento de hadas", como "Piel de asno", no puede sorprender en absoluto a quien conociese anteriormente "Los paraguas de Cherburgo" (1963) o "Las señoritas de Rochefort" (1966). El autor de "Lola" nun-